

Universidad Nacional de La Plata  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

**TERCERAS JORNADAS DE SOCIOLOGÍA DE LA UNLP**

***LA ARGENTINA DE LA CRISIS***

***Recomposición, nuevos actores y el rol de los intelectuales.***

**PONENCIA**

Título: ***“La autogestión social. El caso de las fábricas recuperadas y autogestionadas”***

Apellido y Nombre autor: *Ponce de León, Mercedes Aldana*

Pertenencia Institucional: *Alumna de la carrera Lic. en Sociología UNLP*

Legajo N°: 56625/6

Dirección postal: *calle 67 N° 660 2° B – La Plata (1900)*

Teléfono: (0221) 452-7215

E-mail: *aldaponce2002@yahoo.com.ar y aponcedeleon@colescba.org.ar*

Mesa sugerida: ***MESA N° 8 “Lucha de calles, lucha de clases”.***

Diciembre 2003

*La historia de la humanidad no es más  
que la historia de la lucha de clases.*

*La única lucha que se pierde es la que se  
abandona.*

## **I. Presentación**

Este trabajo se propone revisar el concepto de autogestión social, y su recorrido a través de la historia en diferentes formas de organización del trabajo. Atendiendo este objetivo, comenzaremos analizando algunos aspectos teóricos y estudios de caso que han aportado al conocimiento de la problemática.

La intención que anima el abordaje de este tópico se inspira en los interrogantes que surgen al momento de intentar definir de alguna manera, el tipo de relaciones que existen, partiendo de algunos supuestos del pensamiento marxista, como así también de otros propios del anarquista, para profundizar luego en prácticas de la actualidad argentina, específicamente, en el caso de las fábricas recuperadas y autogestionadas por sus obreros.

Por otro lado, consideramos que son estos mismos interrogantes los motores del presente trabajo desde sus primeros pasos, más allá de evaluar la pretenciosa y dificultosa tarea que, al menos en esta instancia, estos interrogantes nos muestran. No obstante, no descuidamos la esperanza de encontrar mayores respuestas en algún futuro trabajo. Es decir, nos interesa poder pensar la conflictividad social en la Argentina contemporánea, intentando dar cuenta en virtud de diferentes análisis, y abordando determinados tipos de conflictos, de su especificidad y de sus movimientos, tomando particularmente el período que se abre desde fines de los 90' hasta nuestros días.

Siendo concientes de la dificultad y de la extensión que la resolución de estas cuestiones implicaría, hemos optado por abordar la problemática de las fábricas recuperadas y autogestionadas, teniendo en cuenta que este aspecto se podría pensar como parte de aquella problemática, más general. Por otro lado, y asumiendo que en la teoría sociológica no contamos con una definición lo suficientemente amplia y rigurosa para abarcar todos los aspectos que pueden ser entendidos como conflicto, presentamos nuestro marco de referencia sobre lo que consideramos *conflicto social: el enfrentamiento de sujetos sociales a partir de intereses subjetiva u objetivamente divergentes*.

Evaluando entonces las características que esta primera etapa asumirá, nos abocaremos en el presente trabajo, al estudio de la problemática arriba mencionada, intentando construir, a partir de los casos de autogestión a considerar, cierta clasificación en este tipo de conflictos, que nos ayude a pensar y organizar nuestra realidad social.

## **II. Algunas consideraciones sobre autogestión, y sus diferentes formas de manifestarse.**

Después del llamado 'argentino' de diciembre de 2001, se ha dado una interesante revitalización de los discursos y las prácticas encaminadas a recuperar las ideas de participación y autonomía popular en la lucha política y social. La experiencia de autogestión de las fábricas recuperadas y de auto-organización de los vecinos de las asambleas barriales y de los movimientos piqueteros, especialmente, han abierto nuevas posibilidades y debates en torno a la noción misma de AUTONOMIA. Esto nos invita a efectuar una revisión conceptual de las distintas cuestiones teóricas y prácticas que se ligan a la idea de autonomía.

## **Primera parte**

En primer lugar, podemos distinguir tres niveles de análisis:

1- *Autonomía obrera frente al capital*. Se refiere a la capacidad de los trabajadores para gestionar la producción autónomamente, con independencia del poder de los capitalistas en el lugar de trabajo y, en una dimensión amplia, como clase. En un sentido más acotado se vincula a la autogestión de los trabajadores, a su capacidad para hacerse cargo de la producción sin la existencia de patrones. Como postura filosófico-política más general, se vincula con las corrientes que postulan la autonomía del conjunto de los trabajadores respecto al capital y todas sus formas institucionales.

2- *Autonomía con referencia al Estado*. Supone la organización de las clases subalternas de modo independiente de las estructuras estatales dominantes, es decir, no subordinada a la dinámica impuesta por esas instituciones. En algunas versiones implica el rechazo a todo tipo de 'contaminación' de las organizaciones populares por parte del Estado burgués, para preservar su capacidad de lucha y autogobierno y su carácter disruptivo. En otras, supone el rechazo de plano a cualquier instancia de construcción estatal (sea transicional o definitiva) no capitalista.

3- *Autonomía en relación a los partidos políticos (y sindicatos)*. Al rechazar el poder del estado, esta perspectiva apuesta a la existencia de organizaciones de la sociedad que no se someten a la mediación de los partidos y operan de manera independiente para organizar sus propios intereses. Conlleva la noción de auto-organización.

En segundo lugar, en un plano teórico distinto hay que distinguir, a su vez, otras cuestiones:

1- La autogestión y el auto-gobierno popular como forma de organización social superadora del capitalismo, como forma de expresión del socialismo al que se aspira llegar como meta, una vez alcanzado el poder del Estado. Se contraponen a las nociones de 'socialismo de Estado', poniendo el énfasis en la idea de asociaciones libres de trabajadores que se articulan en un espacio común. Esta noción aparece en muchos análisis que imaginan la forma que deberá adoptar el socialismo.

2- La ampliación de formas autonómicas como anticipatorias del socialismo, como formas de construcción de relaciones anti-capitalistas en el seno mismo del capitalismo, pero que sólo podrán florecer plenamente cuando se de un paso político decisivo al socialismo, a partir de la conquista o la asunción del poder del Estado. Esta podría ser la línea 'gramsciana', y remite a la recuperación de las experiencias de auto-organización obrera y popular.

3- La escisión completa de las formas de organización de la producción social y de la sociedad misma respecto a las formas capitalistas, sean de producción o de organización política -propiedad privada y democracia burguesa-. Es decir, se descarta completamente la conquista del Estado, por considerarlo irreductible y por entenderse que la lucha por el poder del Estado, en sí misma, es una forma de reproducir el poder. Se postula el *anti-poder*. Se glorifica la potencia autonómica de las masas populares y se concibe que el cambio radical se hará por fuera, autónomamente de las estructuras del estado. Aquí se engloban las posturas tributarias del anarquismo, el comunismo libertario y el 'consejismo', en sus variantes de autonomismo, situacionismo, 'marxismo abierto', zapatismo, etc. (Negri, Holloway, Bonefeld, etc.)

Veamos algunos ejemplos de esta postura:

*'En la medida en que la autonomía propone la autoorganización, rechaza las mediaciones exteriores (tipo partido de turno intentando dirigir a los 'inmaduros' movimientos sociales). La gente es lo suficientemente lista para saber qué es lo que quiere y como lo quiere. Coherentemente con lo dicho, la autonomía opta por la toma de decisiones de forma asamblearia, por la democracia directa como forma posibilitadora (aún con sus limitaciones) de garantizar el respeto a la diversidad, frenar la jerarquización, el autoritarismo, la pérdida de independencia y autonomía en las luchas. Lo que busca en definitiva la autonomía es que los seres humanos sean capaces de definir sus proyectos de vida, que sean ellos quienes gestionen y decidan, de la forma más democrática posible, cada uno de los aspectos que atraviesan nuestra cotidianidad: desde el trabajo a la sexualidad, desde el ocio a la alimentación, etc.'*  
(Lucha Autónoma, Madrid, s/f)

*'La verdadera autogestión es la gestión directa (no mediada por ningún liderazgo separado) de la producción, distribución y comunicación social por los trabajadores y sus comunidades (...) El mundo sólo puede ser puesto de nuevo sobre sus pies por la actividad colectiva consciente de aquellos que construyen una teoría acerca de por qué está patas arriba'. (Núcleos de Izquierda Radical Autónoma. 1975)*

En general, la exaltación del autonomismo tiene una profunda raigambre anarquista. Como señala Rodríguez Araujo, diferenciando a marxistas de anarquistas, *'estos estaban en contra de la acción política, de la organización de los trabajadores, de la existencia de dirigentes y jerarquías, de cualquier forma de gobierno y, desde luego, de la existencia de cualquier tipo de estado'. También pensaban que 'el poder político debe ser sustituido por la organización de las fuerzas productivas y el servicio económico, sin gobierno alguno. Y aquí interesa destacar en el discurso anarquista la*

*presencia de la idea de que los seres humanos, incluso los consagrados trabajadores como sujetos históricos de la revolución socialista, sean capaces de renovarse radicalmente o de llegar a ser como los han imaginado sin ninguna base de realidad: personas confiables, no mezquinas ni codiciosas y capaces de organizarse en comunidades autogestionarias y libres siempre y cuando no exista el gobierno, el poder político, el Estado'. (Rodríguez Araujo, 2002a)*

Estas posturas tienen mucha influencia en la llamada 'izquierda social', que suele ser antipartidos, antigobiernos y contraria a la globalización neoliberal. *'La izquierda social, a diferencia de la nueva izquierda de los años setenta del siglo pasado, no se refiere (en general) al socialismo, suele rechazar el marxismo y sus categorías analíticas sobresalientes, y se acerca más a las posiciones anarquistas que a otras de la larga historia de la izquierda'. (Rodríguez Araujo, 2002b)*

Rodríguez Araujo observa acertadamente que *'los anarquistas tenían coincidencias con los socialistas. También aspiraban al socialismo, pero a diferencia de los marxistas que subrayaban la importancia de los obreros industriales, los anarquistas se referían como sujeto de cambio social a los mismos trabajadores, a los pequeños propietarios (rurales y urbanos), al lumpenproletariat y a otros sectores o clases sociales, sin tomar en cuenta sus contradicciones, su heterogeneidad'. (Rodríguez Araujo, 2002a)* Por eso, apunta que *'no es casual que buena parte de esta izquierda social tenga cercanía a las posiciones anarquistas del pasado. Muchos de quienes componen esta izquierda social son lumpen-proletariat, pequeñoburgueses desposeídos y desesperados y campesinos pobres, y como bien señalaban Novack y Frankel, éstos eran los sectores sociales entre los cuales 'Bakunin buscaba la base*

*social para su movimiento revolucionario*'. (Rodríguez Araujo, website de Rebelión, 2002b)

### **Segunda parte**

Desde otro costado teórico, también es preciso analizar qué quiere decir la autonomía en términos concretos de organización y gestión de los asuntos comunes. En este punto, hace falta definir:

1. Quién es el 'sujeto' real o potencialmente autónomo: ¿\*el individuo, \*la clase, \*el grupo social, \*la organización?.

2.Cuál es el alcance de la autonomía, en qué 'escala' se concibe su ejercicio: ¿la fábrica, la escuela, el barrio, el municipio, la nación?.

3. Cómo se expresa la autonomía, es decir, las reglas de juego para la participación individual y colectiva en la toma de decisiones: ¿asamblea, delegación, representación?.

Una cosa es la autonomía de las clases dominadas respecto de las dominantes, en términos de no subordinación a las imposiciones sociales, económicas, políticas e ideológicas de éstas. Ganar autonomía, por ende, es ganar en la lucha por un sistema social distinto. Es no someterse pasivamente a las reglas de juego impuestas por los que dominan para su propio beneficio. Es pensar y actuar con criterio propio, es elegir estrategias auto-referenciadas, que partan de los propios intereses y valoraciones.

La posibilidad misma de este tipo de autonomía lleva aparejada toda una lucha 'intelectual y moral', como pensaba Gramsci, por vencer el proceso de fetichización que escinde el hacer del pensar ese hacer, para poder reproducirlo constantemente. Es preciso hacer consciente la explotación, comprenderla, para imaginar un horizonte



autónomo, que contemple los intereses propios y no los de quienes nos someten. La autonomía no brota espontáneamente de las relaciones sociales, hay que gestarla en la lucha y, sobre todo, en la comprensión del sentido de esa lucha. Así como la fetichización es un proceso constante, permanente, de ocultar la verdadera naturaleza de las relaciones sociales tras la fachada de la igualdad burguesa, la autonomía también es un proceso de autonomización permanente, de comprensión continuada del papel subalterno y de la necesidad de su reversión, que tiene sus marchas y contra-marchas, sus flujos y reflujos.

Otra cosa, vinculada con lo anterior pero conceptualmente distinta, es la noción de autonomía en relación a las instancias de organización que puedan representar intereses colectivos (partidos, sindicatos). La posición más radicalizada, al respecto, es la que rechaza cualquier forma de delegación y representación y reclama la participación individual directa en todo proceso de toma de decisiones que involucren lo colectivo. Esta posición, incluso, apuesta a bloquear la emergencia de liderazgos, acotando a la categoría de portavoces rotativos a quienes eventualmente hablan en nombre del colectivo. Es una postura compatible, a lo sumo, con organizaciones pequeñas, donde funciona fácilmente la relación cara a cara.

### **Tercera parte**

En términos concretos y prácticos, todos estos niveles y problemas suelen darse en conjunto, y generan debates muy variados y, a veces, confusos.

1- Uno de los problemas cruciales para la revolución socialista no es que la mayoría de las personas que viven en el capitalismo creen que el sistema 'realmente existente' es justo y bueno. La fetichización no es, ni nunca fue, completa, y en la vida cotidiana cada uno puede percibir los miles de efectos perversos de una organización

social injusta. Sin embargo, la creencia de que no hay ninguna alternativa práctica al actual sistema es algo que mantiene a la gente resignada. La cuestión esencial pasa porque la mayoría vea que la forma actual de vivir no es la única posible y eterna, sino que conciba que es posible cambiarla, a partir de su propia acción, enlazada con la de otros. Como dice Isabel Rauber:

*'Ser sujeto de la transformación no es una condición propia de una clase o grupo social sólo a partir de su posición en la estructura social y su consiguiente interés objetivo en los cambios. Se requiere, además, del interés subjetivo, es decir, activo-consciente, de esas clases o grupos. Esto supone que cada uno de esos posibles sujetos reconozca, internalice esa su situación objetiva y que además quiera cambiarla a su favor. El explotado, por ejemplo, por el hecho de ser explotado no está necesariamente interesado en cambiar su situación de explotación, tiene, en primer lugar, que tomar conciencia de su condición de explotado, de quiénes son los que lo explotan y porqué. Y esto tampoco basta, es necesario que quiera revertir esta situación a su favor. Recién allí entra en discusión cuáles son los cambios que reclama, si éstos son posibles o no y cuáles son los medios para realizarlos. O sea, la noción de sujeto no remite a la identificación de quiénes son, sino que alude, sobre todo, a la existencia de una conciencia concreta de la necesidad de cambiar, a la existencia de una voluntad de cambiar y a la capacidad para lograr construir esos cambios (dialéctica de querer y poder)'. (Rauber, 2000)*

Es indudable que las formas autogestivas y autoorganizativas ensayadas al interior de las sociedades capitalistas 'realmente existentes', pueden servir para anticipar la experiencia de relaciones alternativas a las dominantes, para construir opciones materialmente distintas a las capitalistas, basadas en el intercambio entre iguales. Pero debemos recordar con **Gramsci** que estas formas no-capitalistas nunca podrán ser completas ni suficientes hasta que no se alcance un horizonte general de superación del capitalismo como sistema económico y social global.

La autogestión obrera (que hoy se expresa en el amplio movimiento de fábricas recuperadas) ofrece la oportunidad de profundizar una experiencia de superación de las relaciones jerárquicas de explotación. Pero no hay que olvidar, con relación al caso argentino, que estas prácticas autogestivas crecieron como consecuencia de una crisis profunda que determinó el abandono de la producción por parte de muchos capitalistas individuales de sectores no hegemónicos que no pudieron o supieron competir. El horizonte, sin embargo, no puede ser solo ganar áreas marginales de producción, ni suponer que la base económica quedará reducida a la producción de subsistencia. Esta puede servir como refugio y aprendizaje de organización, pero no puede conformar las bases materiales para la superación de las reglas mismas del capitalismo. De lo contrario, estaríamos postulando un camino hacia estructuras pre-capitalistas, que apunten a satisfacer consumos mínimos y elementales de la población. Y ello podrá ser muy romántico, pero no parece un fundamento firme para una organización social inclusiva, pero desarrollada y compleja.

Por eso, para transformar una experiencia valorable como la de las fábricas y los micro-emprendimientos, hace falta tener una organización que articule experiencias y gane peso político propio.

2- Esto nos lleva a la cuestión central de la **forma de organización política**. Recupero entusiastamente el nombre de POLITICA como referencia a los asuntos comunes de la polis, del colectivo capaz de definir sus reglas de vida. Cualquier forma de organización de la vida en común, que establezca reglas para tomar decisiones que afecten a todos es, por definición, POLITICA.

Pero también es cierto que la categoría Estado-nación aún tiene, y por muchos años creo que seguirá teniendo, una centralidad insoslayable para pensar la acción

colectiva. No puede ser entonces que, por decreto de nuestra decisión intelectual, logremos eludir la referencia al Estado como instancia central de la lucha política actual. No creo tampoco que su poder y dominación disminuyan por el hecho que decidamos darle la espalda e ignorar sus determinaciones. Tampoco estimo esperable que, de ignorar nosotros el poder social del capital que se expresa y articula en el Estado, éste nos permita buena y pacíficamente organizar una sociedad alternativa en sus entrañas. La disputa por el poder está inscrita en la lógica misma del orden social. La cuestión es, en todo caso, como disputarlo y que, en esa disputa, no se diluyan nuestras metas y principios. Esta es sin duda una tarea ardua y difícil, pero imprescindible e ineludible.

Por eso hace falta acometer la organización política que nos permita acumular las fuerzas que necesitamos para cambiar el mundo. ¿Es ésta el partido? Si por partido entendemos una secta jerárquica y dogmática de dirigentes que se colocan por encima del resto y deciden según su voluntad los caminos a seguir por los demás, no estamos de acuerdo con que esa sea una herramienta ni útil ni deseable de construir.

¿Y cuál sería una herramienta de organización que parta de la autonomía de sus integrantes, que no substituya, que permita la libre expresión de las voluntades, que articule intereses, que respete tiempos, perspectivas y diferencias diversas y, a la vez, logre armonizar disidencias y encuentre los puntos de unidad que permitan avanzar hacia las metas colectivamente propuestas?

Esta organización, que a mi me remite a la manera gramsciana de entender el 'intelectual colectivo', el 'príncipe moderno', debe articular la confrontación social con la lucha política, debe amalgamar la riqueza de la diversidad social en puntos en común que referencien respecto a la polis.

La autonomía no puede equivaler a atomización desorganizada ni a primacía de la pulsión individual, por más libertaria que sea. La autonomía no tiene por qué renunciar a encontrar puntos de síntesis, que aunque provisorios, vivos, cambiantes, deben permitir la acción, avanzar, crear; deben evitar la parálisis de la discusión eterna o el regodeo en los matices abstractos.

3- ¿Y cómo debe expresarse la autonomía, la autogestión, la autoorganización? ¿Cuál es la forma democrática de existencia? Muchas veces se parte de una noción muy elevada de participación democrática, que podría ser teóricamente deseable como aspiración, pero tan difícil de poner en práctica que termina siendo contraproducente su mera formulación. De tan 'humana', en su sentido de ética y dignidad superiores, la apelación a la autonomía indoblegable termina por excluir la verdadera humanidad rasgada y contradictoria de la que está hecha la mayoría de los humanos.

Hay quienes postulan que el ideal es que todos participemos, plenos de voluntad y conciencia, de todas las decisiones sobre asuntos que nos incumban y afecten. Este ideal perfecto de democracia directa, la historia lo demostró, es solo practicable en comunidades muy pequeñas y sencillas, cuya agenda de cuestiones comunes tiene un formato limitado. También es practicable en ámbitos acotados, como un lugar de trabajo, una escuela, una organización social, etc. Sin embargo, también aquí se ponen en juego otras cuestiones:

a. ¿Qué características y tamaño debe tener el espacio asambleario donde todos puedan realmente emitir su opinión razonada y escuchar y evaluar los argumentos de los demás, para alcanzar la mejor decisión posible?

b. ¿Qué recursos intelectuales y de información deben poseer los miembros de ese colectivo que toma decisiones para estar en igualdad real de condiciones, a la hora de decidir?

En muchas perspectivas autogestivas de tipo asambleario hay un enamoramiento descomunal sobre la forma misma, sin tener en cuenta estas dos cuestiones y una tercera: la vocación real, la voluntad de participación activa y plena de los miembros del colectivo potencialmente habilitado para tomar una decisión que lo afecte. La pregunta es ¿es necesario que estén todos, que participen todos, para que las decisiones sean legítimas? ¿Basta con que estén notificados? ¿Quién está habilitado, entonces, para definir el momento y el lugar? ¿El que no va, delega la representación o preserva su capacidad de decisión? ¿Hay un deber de participar en las decisiones y acciones colectivas o es un derecho que se ejerce o no? ¿Qué es lo que legitima una decisión tomada en un ámbito asambleario: el espacio mismo definido como abierto o el número de participantes, o una combinación de los dos? ¿Y quién y cómo decide esto?

#### **Cuarta parte**

Estos problemas de orden filosófico-práctico nos llevan a hacernos otras preguntas sobre la autogestión, la autorganización y los formatos de representación. Esto es bastante útil para entender también el auge y cierto ocaso de las asambleas barriales. Se ha cargado mucho las tintas sobre el papel de los partidos de izquierda en el 'desinflé' de la participación asamblearia, por su intento de aparatear o empujarlas a definiciones políticas generales de tipo consignista. Sin embargo, amén de que esto haya pasado en más o en menos, según los lugares, el reflujo participativo nos deja algunas buenas enseñanzas.

1. Es algo sumamente saludable que la gente, el pueblo, los vecinos, los ciudadanos, como querramos llamarlos, se hayan distanciado de los formatos de representación existentes, tan alejados de sus verdaderas necesidades e intereses. Como primera salvedad, es preciso aclarar que no todo el que se lanzó a las calles bajo la consigna 'que se vayan todos' tenía las mismas motivaciones. En el fragor de las cacerolas se mezclaron ahorristas defraudados, vecinos sensibles, deudores asustados, desocupados, sobreexplotados, lúmpenes, consumidores del 1 a 1 desilusionados, politizados y descolgados de toda laya. Sin embargo, en un momento de crisis extrema pudo verse el interés genuino de una porción no desdeñable de la sociedad, de recuperar protagonismo, de recobrar aquello que supuestamente había entregado a quienes debían ejercer la representación por mandato legal: capacidad de deliberación y decisión.

Así fue como muchos dejaron atrás obligaciones laborales y personales para abocarse a la acción común en el fragor de una crisis: conformar asambleas, redes solidarias, acciones comunitarias. Sin embargo, mucho antes de que los políticos lograran reciclarse, la mayor parte de los autoconvocados volvieron a refugiarse en sus quehaceres, haciendo balances diversos de su experiencia participativa. ¿Esto quiere decir que la gente ya no tiene ganas de participar en nada? No lo creo, solo creo que los formatos de participación no pueden basarse en el reunionismo pleno, militante y permanente que le impusieron algunos honestísimos y conscientes luchadores. Ni menos someterse a los rigores de una reflexión política muchas veces impuesta por los 'partidos de izquierda realmente existentes'.

2. Aquí hay que comprender que, más allá de su intención de separar el poder entre quienes deciden y quienes obedecen, la representación, en las sociedades modernas, también conlleva una forma de resolver la organización de las múltiples y

complejas tareas. Como dice en un trabajo muy interesante Diana Cernotto, una brillante cordobesa reciente y lamentablemente fallecida, en una sociedad enajenada como la nuestra, donde la gente tiene que destinar la mayor parte de su tiempo a ganarse la vida y a atender como pueda a su familia, más que falta de voluntad hay falta material de tiempo para destinarlo a acciones colectivas. Mas aún, esa misma sociedad compleja, nos atraviesa en órdenes muy variados que requerirían nuestro involucramiento decisional activo: como trabajadores, en nuestro ámbito laboral y en el sindicato, como padres, en la escuela de nuestros hijos, como estudiantes, en nuestras instituciones, como vecinos, en los problemas barriales, como usuarios de servicios, en los vaivenes de cada uno de ellos, etc., etc. Y, nada menos, como ciudadanos en las decisiones cotidianas sobre los asuntos que nos afectan y en la elección de rumbos de acción generales.

### **III. Palabras finales sobre el caso concreto de las fábricas recuperadas, en la Argentina de los últimos años.**

El movimiento obrero argentino ha sido encuadrado por décadas en un sistema de sindicato único con exclusividad de representación otorgada (y eventualmente quitada) por el Estado. Y en un movimiento político como el peronista, que en su tradición principal no ponía la independencia del movimiento obrero en el centro de la escena, tendiendo más bien a confiar en la conciliación de clases bajo la tutela de un aparato estatal depurado del predominio 'oligárquico'. Se trata hoy de instaurar una nueva 'visión del mundo' en el movimiento obrero y en el conjunto de las clases subalternas, que supere críticamente a aquélla. Pero ésta visión no puede tener otro origen que la



experiencia histórica concreta de la clase, y no un programa minucioso adoptado por una vanguardia que cree tener la respuesta a todas las preguntas.

Entre los procesos que siguieron al 19 y 20 de diciembre, se cuenta el incremento vertical del número y visibilidad de las fábricas recuperadas, despertando gran interés y entusiasmo. El avance en la recuperación de lugares de trabajo forma parte de una revitalización de la identidad obrera que recoge los enormes cambios producidos y busca nuevas formas de lucha y de organización. Lo 'territorial' fue pensado alguna vez como una 'superación' de la identidad obrera, sin embargo la autopercepción como 'trabajadores desocupados' ganó terreno y se volvió predominante, al punto de forzar el cambio de objeto principal y hasta de nombre de las agrupaciones. Y reaparece el tema de la autonomía, de la no dependencia de los patronos, ni del estado, ni de los partidos políticos, retomando consignas tradicionales del movimiento obrero, pero con contenidos renovados. Los trabajadores autoorganizados y autodirigidos para producir están en el centro de la cuestión de la autonomía, se emparentan con la tradición de la ocupación de fábricas del bienio rojo italiano, con los soviets de octubre. Pero aquí tiene la marca distintiva de la desocupación y el empobrecimiento.

Creo que un valor fundamental está, además del muy concreto de que núcleos de trabajadores se organicen en colectivos para seguir trabajando, con todo el valor en acción colectiva y solidaridad que eso tiene, es que son acciones que van directamente en contra de la ofensiva de la patronal, en cuánto a estrechar los límites de lo posible, de que no hay otro destino para los trabajadores que acatar la dirección de los empresarios, o tratar de dejar de ser obreros mediante el ascenso social, poderosa promesa del capitalismo.

Los trabajadores que toman fábricas ponen en cuestión la propiedad de las empresas, y tanto o más importante, lo hacen con la necesidad de que existan los patrones y gerentes a su servicio para la dirección del proceso productivo y del trabajo. La ideología pro-capitalista justifica el papel de los empresarios no sólo en el principio de propiedad, sino en el del ejercicio de la organización y dirección de la empresa, la autoorganización de los trabajadores en unidades productivas desbarata este argumento. Son una contestación a la organización vertical y jerárquica del trabajo, que expropia a los trabajadores no sólo el producto de su labor, sino el control sobre el proceso laboral y el conocimiento sobre el mismo, al mismo tiempo que 'cosifica' su percepción del producto, reemplaza relaciones sociales, humanas, por cosas. El trabajo se vuelve mercancía, y las mercancías producidas mediante el trabajo humano ocultan su origen para parecer producto del capital. Se rompe la conciencia de las cadenas causales y el vínculo con saberes y prácticas del pasado. Las fábricas recuperadas plantean retomar el control y la iniciativa obreras, y con ello la conciencia de pertenencia común a una clase, los vínculos de colaboración y solidaridad, como así también recuperar los saberes expropiados por la patronal.